

6. Glenn Greenwald *

Los trágicos asesinatos en el consulado en Libia y la escala de valores con que los estadounidenses miden la vida humana



Consulado de Estados Unidos en llamas en Benghazi durante una protesta de un grupo paramilitar contra una película anti-islámica producida en los Estados Unidos. Fotografía: Esam Omran Al-Fetor/Reuters

* Traducción del artículo de Glenn Greenwald, “The tragic consulate killings in Libya and America’s hierarchy of human life”, <http://www.theguardian.com/commentisfree/2012/sep/12/tragic-consulate-killings-libya> - Editoras: Mágara Averbach, María Fernanda Suárez. Glenn Greenwald, abogado constitucionalista, es columnista del periódico *The Guardian* y se especializa en libertades civiles y seguridad nacional de los Estados Unidos. Su libro más reciente se titula *With Liberty and Justice for Some: How the Law Is Used to Destroy Equality and Protect the Powerful*. Sus otros libros incluyen: *Great American Hypocrites: Toppling the Big Myths of Republican Politics*, *A Tragic Legacy: How a Good vs. Evil Mentality Destroyed the Bush Presidency* y *How Would a Patriot Act? Defending American Values from a President Run Amok*. Greenwald recibió el primer premio anual I. F. Stone al Periodismo Independiente.

Abstract

El asesinato de estadounidenses debido a una película que promueve el odio es una completa injusticia. Pero también son una injusticia las muertes que provocan los Estados Unidos y que pasan desapercibidas.

Resume

The murder of American staff over a hate film is an unmitigated wrong. But so are deaths caused by the US that go unremarked.

El martes por la noche, un grupo de manifestantes atacó el consulado de los Estados Unidos en Bengasi, Libia, y mató a cuatro estadounidenses, incluyendo al embajador, Chris Stevens. El motivo del ataque fue la furia que provocó una película amateur que promovía el odio hacia el Islam. La película presenta al profeta Mahoma como una persona que defendía el abuso de menores, un matón sanguinario, un idiota incompetente y un mujeriego lascivo y promiscuo, entre otras cosas. En YouTube, apareció un avance de trece minutos que circuló a toda velocidad por el mundo islámico y desató la ira generalizada de quienes lo vieron. (También hubo un ataque a la embajada estadounidense en El Cairo).

La película antislámica está escrita, dirigida y producida por Sam Bacile, un promotor inmobiliario israelí que vive en California. En una entrevista para el periódico israelí Haaretz, Bacile afirma que la película “costó cinco millones de dólares y recibió el financiamiento de más de cien donantes judíos”. Según Haaretz, el objetivo de la película es demostrar que “el Islam es un

cáncer” y realizar “una declaración política provocadora que condene a esa religión”. Es poco creíble que la película (que a duras penas llega al nivel de una obra escolar ensayada muy pocas veces) haya costado cinco millones de dólares, pero la finalidad parece clara: hacer que los musulmanes tengan exactamente la misma reacción violenta que vemos ahora.

Es difícil escribir sobre hechos como este apenas ocurren porque producen sentimientos que impiden una discusión racional. Surge rápidamente un libreto que tienen que recitar Todas las Personas Decentes, y cualquier desviación se detecta y denuncia al instante. Pero por la magnitud de este hecho y la importancia de las cuestiones que se desprenden de él es necesario nuestro análisis:

1) La muerte del embajador Stevens, antiguo voluntario del Cuerpo de Paz y diplomático de carrera comprometido y con dominio del árabe, y de los otros tres estadounidenses miembros del personal del consulado es una tragedia y una atrocidad sin sentido. El asesinato indiscriminado debido a una película, no importa cuán ofensiva sea, está mal y no se discute. La culpa es pura y exclusivamente de quienes cometieron los asesinatos.

2) Sam Basile y sus donantes anónimos y cobardes cometieron un acto digno de unos cretinos asquerosos al realizar esta “película” oportunista, intolerante y promotora del odio. La película no parece tener otro objetivo excepto propagar el odio hacia los musulmanes y provocar reacciones violentas. Sin embargo, tal como ocurrió cuando el pastor Terry Jones (que, como podría esperarse, desempeña un papel importante a la hora de publicitar la película) quemó ejemplares del Corán, o incluso antes, cuando se publicaron las caricaturas danesas sobre Mahoma, esto no es y no debe ser sino un ejemplo del derecho absoluto y sin

restricciones a la libertad de expresión, libertad que permite producir cualquier película, sea ofensiva o no en su contenido.

Los Estados Unidos erosionan continuamente el derecho a la libertad de expresión justificando esa erosión con la lucha contra el terrorismo y, con ese objetivo, declaran ilegales discursos políticos puros que consideran peligrosos y enjuician a los musulmanes que hacen declaraciones relacionadas con esas ideas prohibidas. Los esfuerzos por limitar el derecho de cualquiera a realizar películas contra los musulmanes, como la basura que produjeron Bacile y sus amigos, son tan peligrosos e injustos como cualquier otro intento por poner un límite a la libertad de expresión. La libertad de expresión es una libertad total (incluso podría decirse que es la libertad principal) y, básicamente, significa que el derecho a expresar hasta las ideas más repugnantes y provocativas es tan inviolable como el derecho a manifestar ideas inofensivas y convencionales.

3) Es difícil no notar la diferencia enorme entre las reacciones que provoca el asesinato de estadounidenses inocentes y los asesinatos de extranjeros inocentes en manos de los Estados Unidos, y es difícil que eso no nos preocupe. La ira y las denuncias que generan las muertes en Bengasi están absolutamente justificadas, pero uno quisiera que se expresara al menos una porción de esa ira cuando los Estados Unidos asesinan a hombres, mujeres y niños inocentes en el mundo islámico, como ocurre con frecuencia. Sin embargo, lo normal es que esas muertes se ignoren o, a lo sumo, se justifiquen con frases burocráticas y amorales (“daños colaterales”) o clichés autojustificados (“la guerra es un infierno”) que los estadounidenses están entrenados para recitar.

Es comprensible que el asesinato sin sentido de un embajador sea una noticia más

importante que el asesinato sin sentido de un niño desconocido y anónimo en Yemen o Pakistán. Lo que no se puede entender es que ese considere el primer hecho más trágico que el segundo. Sin embargo, es imposible negar que los mismos que hoy condenan con tanta energía los asesinatos en Bengasi sean los primeros en encontrar un justificativo cuando el gobierno es el que asesina a inocentes y no cuando el gobierno es víctima.

Es como si hubiera dos tipos de delitos: asesinar a personas y *asesinar a estadounidenses*. La gran frecuencia con que se recurre a esa segunda frase, con tanta intensidad, pasión y desdén, indica que el asesinato de estadounidenses se considera un delito supremo: no se trata simplemente de la muerte trágica de seres humanos, sino de un golpe contra el Imperio y, por lo tanto, provoca una indignación especial. Es un hecho que recuerda las advertencias a los habitantes de territorios conquistados cuando se les decía que, si levantaban un dedo contra *un ciudadano romano*, se los castigaría con toda severidad.

Lo único que hay que hacer es comparar la solemnidad casi religiosa con que se conmemoran las muertes ocurridas el 11 de septiembre incluso hoy, más de una década después, con el poco reconocimiento que tienen las muertes de cientos de miles de musulmanes extranjeros, provocadas por los Estados Unidos. Esa mentalidad refuerza constantemente una jerarquía bien definida de la vida humana, y es hija de ella.

Ese proceso es vital para posibilitar y justificar una agresión permanente. Es una manera de deshumanizar a los asesinados por los Estados Unidos y, al mismo tiempo, venerar las vidas estadounidenses por encima de todas las demás. Como dice hoy Media Lens, el grupo de análisis de los medios de comunicación:

“Es crucial percibir la manera en que nuestra compasión se canaliza hacia algunos y se aleja de otros. Esa es la base de toda violencia colectiva.”

La muerte del embajador Stevens y los tres estadounidenses que murieron con él es un hecho tan trágico como los asesinatos que llevan a cabo los Estados Unidos contra inocentes, no más trágico.

4) Ninguno de los dos partidos políticos estadounidenses perdió tiempo a la hora de manifestar sus características vulgares y sacar jugo a los acontecimientos para lograr una ventaja política. Los miembros del Partido Demócrata afirmaron de inmediato que “aprovecharse de la muerte de estadounidenses” —con lo que quisieron decir, criticar al presidente Obama— “es insensato y muy desagradable”.

Ese comentario es tan ridículo como hipócrita. Los demócratas se aprovechaban rutinariamente de la muerte de estadounidenses —en Irak, en Afganistán y el 11 de septiembre— para atacar al presidente Bush y al Partido Republicano y tuvieron todo el derecho de hacerlo. Cuando pasa algo malo relacionado con la política externa estadounidense, está totalmente justificado hablar contra el presidente y señalar las acciones o inacciones que uno considera responsables de esos resultados. Se trata de hechos políticos y, como tales, que se los “politice” es una cuestión intrínseca y necesaria.

Oponerse a críticas específicas contra Obama y decir que son injustificadas y desagradables, como no cabe duda de que lo fueron en algunos casos (ver a continuación), es una cosa; pero tratar de imponer algún tipo de prohibición general para que no se cuestione a Obama —argumentando que murieron estadounidenses y que esto es una crisis— se parece a las peores tácticas republicanas utilizadas para sofocar debates

alrededor del año 2003. (Hay que concederle cierto mérito a uno de los demócratas que hoy afirmaba eso y que luego reconoció su error y escribió: “Es evidente que no hay nada malo en criticar al presidente, ni siquiera durante una crisis”).

Pero en este caso, lo que hicieron el Partido Republicano y Mitt Romney es muchísimo peor. Mientras se producían los ataques, Romney corrió a emitir un comunicado, basándose en la respuesta de la embajada estadounidense en Egipto. En ese comunicado acusó a Obama de “simpatizar con quienes realizaron los ataques” (el gobierno de Obama repudió el comunicado que emitió la embajada en El Cairo). El presidente del Partido Republicano, Reince Preibus, lanzó al mundo esta frase vergonzosa vía Twitter: “Obama simpatiza con los atacantes egipcios. Triste y patético”.

Esas acusaciones fueron pura ficción y claramente desagradables; incluso provocaron la condena escéptica de personas destacadas que trabajan en los medios de comunicación y que se enorgullecen de su neutralidad.

Pero así es el Partido Republicano. Frente a un presidente con un historial de ineptitudes y actos horribles en muchos aspectos clave, los republicanos encuentran la forma de ser aún más ineptos y horribles. Aquí tenían una oportunidad política concreta de atacar a Obama —que se asesine a diplomáticos estadounidenses y se asalten embajadas hace que el presidente parezca incapaz y débil—, pero están tan enterrados en su propia bilis de odio y extremismo, tan atados a sus ataques políticos imbéciles y gastados (*¡los demócratas son antipatriotas que adoran a los enemigos musulmanes de los Estados Unidos!*) que no pueden evitar autodestruirse al instante. En cuestión de horas, lograron convertir una situación políticamente peligrosa para Obama en otra evidencia más

del propio radicalismo indisciplinado y desquiciado de los republicanos.

5) Tomar esta situación para sacar conclusiones sobre Libia y sobre la intervención estadounidense allí sería injusto y demasiado prematuro. Sin embargo, lo que esta situación permite es que se pongan de manifiesto la violencia desenfadada, la anarquía, la matonería de la milicia y la inestabilidad general que atormentan a Libia desde que se derrocó a Gadafi. Por otra parte, dado que aún siguen sin respuesta la mayoría de las preguntas sobre, exactamente, a quiénes estaban entregando armas y poder los Estados Unidos durante la intervención en Libia y cuáles podrían llegar a ser las consecuencias imprevistas de eso, es vital saber cómo los atacantes obtuvieron granadas propulsadas por cohetes y demás armamento pesado.

Eso también sirve como recordatorio importante de que limitarse a derrocar a un dictador monstruoso no es prueba de que la intervención sea exitosa o justa ni de que valga la pena. Para evaluar una cuestión así, hay que saber qué ocurrirá en ese país, qué ocurrirá con el pueblo, después de que los poderes que intervinieron hayan derrocado al gobierno. Los gritos de victoria y reivindicación con respecto a la intervención en Libia siempre fueron infundados, interesados y prematuros, precisamente porque todavía se desconoce ese hecho crucial. Lo único que podemos hacer es esperar que los acontecimientos de este martes no presagien una respuesta que nos llene de tristeza.

En resumen, por supuesto que se debería condenar y llorar la muerte trágica de esos estadounidenses en Bengasi. Pero esas muertes no serían en vano si lograran que nos detuviéramos y reflexionáramos, más de lo habitual, sobre el impacto que tienen las muertes de inocentes provocadas, con frecuencia, por los Estados Unidos.

ULTIMAS NOTICIAS:

A) Hay dos actualizaciones con respecto a esta historia que, si bien no afectan a ninguna de las observaciones que hice anteriormente, han de tenerse en cuenta dado que entran en contradicción con algunas de mis aseveraciones: (1) si bien el informe Haaretz fue (y sigue siendo) bastante asertivo en el hecho de que el realizador del film es un israelí llamado Sam Bacile, algunas dudas han surgido sobre la verdadera identidad del director, y (2) un funcionario estadounidense cuya identidad permanece anónima, afirmó que el ataque fue planificado de antemano para que coincidiera con el 11-sep, y que los atacantes se aprovecharon de las protestas que película generó como forma de distracción. Ninguna de estas afirmaciones ha sido verificada.

B) La Agencia "AP" ha continuado con la investigación acerca de la identidad de "Sam Bacile", rastreando la génesis de la película hasta un cristiano copto llamado Nakoula Basseley Nakoula, que vive en California. También ha de tenerse en cuenta que, contrariamente a lo que he indicado en párrafos anteriores, el artículo de Haaretz al que me referí y que publicó la entrevista con "Sam Bacile", era en realidad un artículo de Associated Press que Haaretz incluyó en su informe.

• Nota del editor:

Este artículo fue actualizado el 14 de septiembre de 2012. En el original se afirmó que el productor de la película era Sam Bacile, un constructor inmobiliario israelí que vive en California y que había realizado la película con la ayuda de 100 donantes judíos. Esta afirmación se basó

en un informe realizado por Associated Press que fue publicado en Haaretz [ver actualizaciones precedentes]
